

Esta es una pequeña muestra
del libro *Lecciones del aposento alto*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2024 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

“Cuando comencé a leer este magnífico libro, recordaba constantemente el comentario de Martín Lutero quien dijo que ‘en las Escrituras, cada pequeña margarita es un prado’. Muchos creyentes habrán leído Juan 13 – 17 más de una vez e incluso es posible que sientan que entienden bastante bien su significado. Yo era uno de ellos, ¡hasta que leí *Lecciones del aposento alto* de Sinclair Ferguson! Como él sabiamente dice: ‘Nuestras mentes son demasiado finitas para comprender plenamente lo que el infinito Señor de todo está haciendo’, pero cuanto más leía, más me sentía atraído a ese increíble aposento alto, escuchando, aprendiendo y amando lo que el Salvador estaba diciendo. Estas páginas están llenas de ilustraciones muy claras y aplicaciones cálidas, ¡y nunca olvidaré la alegoría del autor, la que él mismo llama ‘El Forastero en la Tierra de Humo’! *Lecciones del aposento alto* es de lo mejor que ha escrito Ferguson. Consigue dos ejemplares y comparte este tesoro con otra persona”.

—**DR. JOHN BLANCHARD**

Predicador, maestro, apologeta y escritor
Banstead, Inglaterra

“Pocos pasajes de las Escrituras son tan influyentes como el sermón de despedida de Jesús que encontramos en el Evangelio de Juan, pero su mensaje nos elude. Sinclair Ferguson nos ayuda a colocar las piezas del rompecabezas en su lugar a la luz de toda la Biblia. Toma asiento y escucha cómo Ferguson nos ayuda a entender lo que escuchamos de Jesús hablando a Sus discípulos y orando a Su Padre. Este libro describe el drama y el significado de la última noche de Jesús antes de la cruz, y explica detalladamente por qué es una buena noticia para nosotros hoy. Aquí encontramos a Ferguson escribiendo como suele hacerlo: este libro es una lectura profunda del texto bíblico a la luz de toda la Biblia, con un enfoque consumado

en nuestro Salvador y Su obra. Ya sea que estés familiarizado con este pasaje o que nunca lo has leído, este libro te resultará alentador, edificante e iluminador. Léelo; ¡te alegrarás de haberlo hecho!”.

—**DR. BRANDON D. CROWE**

Profesor de Nuevo Testamento,
Westminster Theological Seminary
Philadelphia

“Todo lo que escribe Sinclair Ferguson es de lectura obligada. Eso puede decirse solamente de unos pocos escritores de esta o de cualquier generación. En este libro, él nos transporta al aposento alto con Jesús para presenciar las últimas horas de Su ministerio terrenal. Te sentirás como si estuvieras allí, sentado junto al Señor, saboreando la comida, escuchando las ansiosas preguntas de los discípulos, escuchando las palabras que lo cambiarán todo. Tanto si has caminado con Cristo durante muchos años como si acabas de convertirte en cristiano, los años de meditación del Dr. Ferguson sobre estos capítulos, combinados con su inigualable sabiduría pastoral, hacen que estas páginas sean especialmente accesibles para una gran variedad de lectores. Es el mejor estudio no técnico de Juan 13 – 17 que se haya impreso”.

—**DR. GABRIEL N.E. FLUHRER**

Ministro asociado de discipulado,
First Presbyterian Church
Columbia, Carolina del Sur

*Lecciones
del
apósito
alto* *El corazón
del Salvador*

SINCLAIR B. FERGUSON



Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#LeccionesAposentoAlto

Lecciones del aposento alto: el corazón del Salvador

Sinclair Ferguson

© 2023 por Poiema Publicaciones

Traducido con el debido permiso del libro *Lessons from the Upper Room: The Heart of the Savior*

© 2021 por Ligonier Ministries.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de La Nueva Biblia de las Américas © 2005, por The Lockman Foundation.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-955182-79-9

SDG

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús
que Su hora había llegado para pasar de este
mundo al Padre, habiendo amado a los Suyos
que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

JUAN 13:1

Para

Mi Dorothy

y

Ruth

Ayudantes cariñosas

Sabias consejeras

Amas de casa entregadas

Mejores amigas

Con amor y gratitud

Contenido

Introducción	11
1. La mente de Cristo.....	13
2. Entendimiento y bendición.....	29
3. De la angustia a la gloria	43
4. Cambios atmosféricos	53
5. Via, Veritas, Vita	67
6. El Espíritu triple.....	89
7. La vid verdadera	107
8. Odiados, pero ayudados	119
9. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?	139
10. Confusión antes de tener claridad	155
11. El corazón abierto de Cristo	173
12. El regalo del Padre.....	191
13. Él ora por mí.....	203
Notas de texto	215
Índice.....	223
Sobre el autor	230

Introducción

*L*ecciones del aposento alto es una invitación a pasar unas horas con los discípulos de Jesús, escuchando Sus enseñanzas y oyéndole orar, tanto por ellos como por ti. Se basa en los capítulos 13 al 17 del Evangelio de Juan. Aquí, en cinco capítulos, tan solo 155 versículos y menos de cuatro mil palabras, se nos ofrece lo que el escritor puritano Thomas Goodwin llamó “una ventana al corazón de Cristo”.

Esta sección del Evangelio de Juan ha significado mucho para mí desde mis días de estudiante, y a menudo he pensado en escribir un libro sobre ella simplemente para mi propio beneficio. Pero fui principalmente motivado a escribir *Lecciones del aposento alto* después de grabar una serie de doce mensajes cortos sobre estos capítulos para Ligonier Ministries en el año 2014.

En cierto sentido, estas páginas son “el libro de la película”. Como suele ocurrir, ambos no son idénticos. En este caso, el libro se ha escrito varios años después de que se hicieran las grabaciones y es, probablemente, un 50 por ciento más largo que la transcripción de los mensajes originales. Cualquiera que haya asistido a las sesiones de grabación, o que las haya visto, encontrará ecos de ellas en estas páginas. Pero el libro es una exposición más completa de estos maravillosos capítulos, por lo que espero que incluso, quienes estuvieron presentes en la grabación, o quienes las hayan visto o escuchado, encuentren provecho en su lectura.

Aun así, *Lecciones del aposento alto* no es, ni mucho menos, una exposición completa de Juan 13 – 17. Y si eso se intentara —para adaptar las palabras del mismo Juan—, ¡una estantería entera no podría contener los libros que se escribirían!

Estas páginas tampoco son un comentario técnico en ningún sentido. Quizás se parezcan más a la función “descripción de audio” de mi televisor “inteligente”. Esta función ofrece un comentario continuo de la acción que tiene lugar en la pantalla para ayudar a quienes pueden seguir el diálogo, pero tienen dificultades que les impiden ver las escenas. Así que espero que haya momentos en la lectura de estas páginas en los que los lectores sientan —como yo al escribirlas— que están “allí”, en el mismo aposento alto, reunidos con Cristo, observándolo y escuchándolo enseñar y orar.

Siempre es un privilegio servir junto a Ligonier Ministries y su editorial, y estoy especialmente en deuda con el equipo de producción de audio y video y con el equipo editorial, que, a lo largo de los años, se han convertido no solo en guías, sino también en amigos. También estoy agradecido con quienes me acompañaron durante dos intensos días de rodaje en los que trabajamos a través del discurso de despedida de Jesús. Y como con todo lo demás en la vida, mi principal deuda, después de mi deuda con Dios, es con mi esposa, Dorothy, y con la familia que amamos.

La mente de Cristo

Juan 13:1-12

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que Su hora había llegado para pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los Suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

Y durante la cena, como ya el diablo había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el que lo entregara, Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todas las cosas en Sus manos, y que de Dios había salido y a Dios volvía, se levantó de la cena y se quitó el manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego echó agua en una vasija, y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla que tenía ceñida. Cuando llegó a Simón Pedro, este le dijo: "Señor, ¿Tú me vas a lavar a mí los pies?". Jesús le respondió: "Ahora tú no comprendes lo que Yo hago, pero lo entenderás después". "¡Jamás me lavarás los pies!", le dijo Pedro. "Si no te lavo, no tienes parte conmigo", le respondió Jesús. Simón Pedro le dijo: "Señor, entonces

no solo los pies, sino también las manos y la cabeza". Jesús le dijo: "El que se ha bañado no necesita lavarse, excepto los pies, pues está todo limpio; y ustedes están limpios, pero no todos".

Porque sabía quién lo iba a entregar; por eso dijo: "No todos están limpios".

Entonces, cuando acabó de lavarles los pies, tomó Su manto, y sentándose a la mesa otra vez, les dijo: "¿Saben lo que les he hecho?".

En nuestra imaginación, subamos las escaleras que conducen a una habitación superior de una casa de Jerusalén. Aquí podemos ser testigos de lo que ocurrió durante la tarde y la noche del día anterior a la crucifixión de Jesús de Nazaret.

Trece hombres se reúnen para celebrar la Pascua judía. Uno de ellos, partirá temprano en una misión de traición. Los doce restantes se dirigirán más tarde al huerto de Getsemaní.

Desde allí se dispersarán. Uno será llevado a la fuerza por un camino de terror.

Ese camino lo conducirá primero ante el sumo sacerdote Anás, ya destituido. De allí será llevado a la casa del yerno de Anás, Caifás, quien es ahora el sumo sacerdote. Después será llevado a la corte de Poncio Pilato, el gobernador romano, luego al rey Herodes y de nuevo a Pilato antes de ser conducido finalmente por la Vía Dolorosa hasta la cruz del Calvario. Allí será crucificado.

Mañana viernes a estas horas, el cuerpo sin vida de Jesús de Nazaret será llevado a un sepulcro en un huerto.

Pero esto no es el final, sino el final del principio. Pues el domingo por la mañana, temprano, resucitará de entre los muertos. Ahora vive para siempre como Príncipe y Salvador. Todo esto está por suceder. Pero, por ahora, estamos en el aposento alto.

En menos de veinticuatro horas, el Salvador será crucificado. Consciente de que ese es Su destino con toda seguridad, quiere mostrar a Sus discípulos que los ama hasta el final.

Pronto despedirá a uno de ellos —Judas Iscariote— quien le traicionará. Poco después, le dirá a otro de ellos —Simón Pedro— que antes de que amanezca le habrá negado tres veces. Antes de que se vayan, hará la oración más larga registrada en el Nuevo Testamento, la cual, es tan profunda como el “Padre Nuestro”. En ella, revelará la intimidad de Su relación con Su Padre celestial, y Sus discípulos escucharán expresiones de Su amor y cuidado por ellos, pero también por todos aquellos que, como nosotros, se convertirán en Sus discípulos en el futuro.

Son momentos dramáticos.

Pero primero, escuchemos el relato de Juan sobre cómo comenzó la velada:

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que Su hora había llegado para pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los Suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y durante la cena, como ya el diablo había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el que lo entregara, Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todas las cosas en Sus manos, y que de Dios había salido y a Dios volvía, se levantó de la cena y se quitó el manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego echó agua en una vasija, y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla que tenía ceñida. Cuando llegó a Simón Pedro, este le dijo: “Señor, ¿Tú me vas a lavar a mí los pies?”. Jesús le respondió: “Ahora tú no comprendes lo que Yo hago, pero lo entenderás después”. “¡Jamás me lavarás los pies!”, le dijo Pedro. “Si no te lavo, no tienes parte conmigo”, le respondió Jesús. Simón Pedro le dijo: “Señor, entonces no solo los pies, sino también las manos y la cabeza”. Jesús le dijo: “El que se ha bañado no

necesita lavarse, excepto los pies, pues está todo limpio; y ustedes están limpios, pero no todos”.

Porque sabía quién lo iba a entregar; por eso dijo: “No todos están limpios” (Jn 13:1-11).

Y después,

cuando acabó de lavarles los pies, tomó Su manto, y [se sentó] a la mesa... (Jn 13:12).

Cada vez que leemos un pasaje de la Biblia, se encuentran dos contextos diferentes. Así ocurre en este caso.

Contextos

Inevitablemente, leemos estos versículos dentro de nuestro propio contexto.

Dado que “las Sagradas Escrituras... pueden dar la sabiduría que lleva a la salvación mediante la fe en Cristo Jesús” (2Ti 3:15), estos versículos nos harán pensar de forma natural en preguntas personales como: “¿Es el Señor Jesucristo el centro de mi pensamiento y de mi vida?”. Una respuesta honesta probablemente sería: “Sí, pero no siempre, y nunca tanto como Él lo merece”. Como cristianos, ya no somos lo que una vez fuimos por naturaleza, pero sabemos que aún no hemos llegado a ser lo que Cristo nos ha llamado a ser. Queremos conocerle, confiar en Él y amarle mejor.

Estos capítulos nos ayudan a hacerlo, colocándolo en el centro de nuestra visión y mostrándonos Su gracia.

Pero también tenemos que aprender a leer estos capítulos dentro de su propio contexto.

El Evangelio de Juan tiene una forma clara y relativamente sencilla.

Comienza con un prólogo (1:1-18), un pasaje que solemos leer en Navidad.

Termina con un epílogo (21:1-25), un pasaje que narra cómo Jesús devuelve a Simón Pedro su ministerio apostólico.

En medio, el Evangelio se divide en dos partes o libros.

La primera parte (1:19 – 12:50) se denomina a veces como el “Libro de las señales”. Las palabras y las obras de Jesús apuntan a Su identidad como Mesías y Salvador. Así, por ejemplo, Él afirma ser “la Luz del mundo”. Quienes le siguen, no caminarán en tinieblas (8:12). Verdad que ilustra dando la vista a un ciego de nacimiento (cap. 9).

Hay siete señales registradas en los capítulos 1 al 12. Pero luego, el *Libro de las señales* termina abruptamente: “Estas cosas habló Jesús, y se fue y se ocultó de ellos. Pero aunque había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en Él, para que se cumpliera la palabra del profeta Isaías, que dijo: ‘SEÑOR, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del SEÑOR?’” (Jn 12:36b-38, citando Is 53:1).

La segunda parte (13:1 – 20:31) es el “Libro de la pasión” o, como a veces se le llama, el “Libro de la gloria”. Al comenzar, se nos traslada, sin explicación alguna, a una habitación en lo alto de una casa de Jerusalén. Es jueves por la tarde durante la semana de la Pascua y ya se está celebrando una comida. Por lo que sabemos, solo hay trece hombres en la habitación: Jesús y los apóstoles que escogió. Ahora, la gloria que Jesús ha ocultado a un mundo que le ha rechazado se revelará cada vez más a los discípulos que confiaron en Él y le amaron.

La historia de Juan “desde adentro”

El Evangelio de Juan tiene un tinte muy diferente al de los tres primeros Evangelios. Esto lo expresa muy bien Juan Calvino en su comentario:

Los otros tres son más abundantes en su narración de la vida y muerte de Cristo, pero *Juan se detiene más en la doctrina por la que se despliega el oficio de Cristo, junto con el poder de Su muerte y resurrección...*

Todos tenían el mismo objetivo, señalar a Cristo; *los tres primeros exhiben Su cuerpo, si se me permite la expresión, pero Juan exhibe Su alma*. Por esta razón, suelo decir que este Evangelio es una llave que abre la puerta para comprender los demás, pues quienquiera que comprenda el poder de Cristo, tal como se describe aquí de manera impresionante, leerá después con provecho lo que los demás relatan acerca del Redentor que fue manifestado.

Los Evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) nos muestran “Su cuerpo”, cuentan la historia desde fuera, por así decirlo. Pero cuanto más se acerca el Evangelio de Juan a su momento culminante, más nos enteramos de lo que “pasaba adentro” de nuestro Señor.

Esto es especialmente cierto en los capítulos 13 al 17. Aquí se nos invita a escuchar cómo Jesús instruye pacientemente a Sus amigos más cercanos mientras están sentados a Su alrededor durante una cena de Pascua. La cena duró varias horas, ¡horas realmente memorables con el Maestro!

La narración comienza cuando Jesús muestra a Sus discípulos que “los amó hasta el fin” (Jn 13:1) y cómo es el verdadero amor. Como es habitual en Él, da una señal: lava los pies de los discípulos. Luego da una explicación y pregunta: “¿Entienden el significado de esta señal? ¿Saben lo que significa para Mí? ¿Comprenden las implicaciones que tiene para ustedes?”.

Sin duda, el aposento alto había quedado en silencio.

Era una reunión muy privada: solo Jesús y los doce. Ningún sirviente les había dado la bienvenida; nadie había lavado la suciedad que la calle había dejado en sus pies luego de quitarse las sandalias.

Y, evidentemente, todos habían sido demasiado orgullosos para hacerlo, ya fuera sirviendo a Jesús o sirviéndose entre ellos. De hecho, Lucas nos dice que los discípulos habían estado discutiendo entre sí sobre quién de ellos era “el mayor” (Lc 22:24-27). En un

claro contraste, Jesús les dijo: “Entre ustedes Yo soy como el que sirve”. Quizás fue en ese momento cuando se levantó de la mesa.

En este mundo, los discípulos no se lavaban los pies unos a otros, porque eso era cosa de siervos. ¡Pero ahora lo hacía el Maestro!

Sin embargo, cuando Jesús se arrodilla ante Simón Pedro, esto es demasiado para él. Consternado y resistiéndose, rompe el silencio: “Señor, ¿Tú me vas a lavar a mí los pies?” (Jn 13:6).

Jesús responde: “Si no te lavo, no tienes parte conmigo” (Jn 13:8).

Está claro que aquí ocurre algo más profundo que el mero hecho de que Jesús quite el polvo y la suciedad. Se trata de una acción profética, como las realizadas por Jeremías y Ezequiel. Está interpretando una parábola del evangelio, mostrándoles mediante una señal dramática tanto quién es Él como lo que ha venido a hacer. Aquí, al lavar los pies, revela tanto Su persona como Su obra, tanto Su identidad como el propósito de Su ministerio.

Una de las mejores maneras de entender el significado de estos versículos, es mirarlos en comparación con la enseñanza del apóstol Pablo sobre el Señor Jesús en Filipenses 2:6-9:

<i>Juan 13:3-5, 12</i>	<i>Filipenses 2:6-9</i>
Jesús, sabiendo que... de Dios había salido	aunque existía en forma de Dios
se levantó de la cena	[Él] no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse
se quitó el manto	se despojó a Sí mismo
y tomando una toalla	tomando forma de siervo
echó agua en una vasija	se humilló Él mismo

Juan 13:3-5, 12	Filipenses 2:6-9
y comenzó a lavar los pies de los discípulos	haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz
tomó Su manto, y sentándose a la mesa otra vez	Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le confirió el nombre que es sobre todo nombre

Punto por punto, Jesús está interpretando simbólicamente lo que Pablo describe teológicamente: cómo vino desde la más alta gloria del cielo, a las profundidades de nuestra condición humana, tomó la forma de un esclavo, y limpió nuestro pecado con Su muerte en la cruz, y luego fue exaltado a la diestra del Padre.

Juan nos invita a seguir lo que hace nuestro Señor en cinco etapas.

Origen

Al igual que Pablo nos habla de lo que pasaba por la mente de Cristo, Juan nos dice que Jesús es consciente de Su origen divino y de Su misión:

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que Su hora había llegado para pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los Suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y durante la cena, como ya el diablo había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el que lo entregara (Jn 13:1-2).

Sabía que sería traicionado, pero sabía algo más...

Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todas las cosas en Sus manos, y que de Dios había salido y a Dios volvía, se levantó de la cena (vv. 3-4).

Míralo:

Se levanta de Su lugar como anfitrión en la mesa.

Se quita el manto.

Se ciñe la cintura con la toalla de un siervo.

Llena una vasija con agua.

Y lava los pies sucios de Sus discípulos.

En cierto sentido, se trata de un “prólogo” al segundo libro del Evangelio de Juan, como Juan 1:1-18 lo fue del primero. En esta escena inicial, Jesús “representa” lo que el prólogo había descrito en términos elevados:

En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios (*pros ton theon*), y el Verbo era Dios (Jn 1:1).

Pero el Verbo que estaba con Dios bajó para estar con nosotros:

El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros... (Jn 1:14).

Pon atención a la primera escena: Jesús es consciente de Su origen divino. Sabe que el Padre ha puesto todo en Sus manos. Sabe que es igual al Padre en dignidad, majestad, gloria y poder. Sabe que ahora “a Dios volvía [*pros ton theon*]” (Jn 13:3). Aquí Juan, con significativa seguridad, utiliza exactamente la misma frase con la que había presentado a Jesús en Juan 1:1. Él era *pros ton theon*. Había estado desde toda la eternidad “hacia” o “cara a cara con” Dios.

Pero luego viene la segunda escena: Su profunda humillación. Vino para estar “cara a cara” con el hombre.

Humillación

Detente un momento en el comentario de Juan: “Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todas las cosas en Sus manos...” (Jn 13:3).

Si tuvieras que terminar esa frase, seguramente escribirías: “Jesús... mostró entonces la majestad de Aquel que posee toda la autoridad en el universo”.

Pero no. Lo que sucede es que, con pleno conocimiento de que es Señor de todo, el Hijo de Dios se humilla. Se quita el manto. Se dirige al rincón de la habitación donde hay una jarra grande con agua y una pequeña vasija. Se envuelve con la toalla del criado.

El único sonido que rompe el silencio es el del agua que se vierte en la vasija. Ahora Jesús comienza a lavar los pies de los discípulos, quienes han estado demasiado ensimismados como para lavarse los pies unos a otros.

Aquí, de forma dramática, el Hijo de Dios, el Verbo hecho carne, nos da una imagen de la maravilla de Su encarnación y Su humildad.

Pensar en esta escena puede ayudarnos a entender el comentario de Pablo: “Se despojó a Sí mismo” (Fil 2:7).

Los eruditos han considerado y debatido durante mucho tiempo el significado de estas palabras.

¿Se despojó el Hijo de Dios de todos los atributos de Su divinidad? O, como Charles Wesley ha enseñado a cantar a muchos cristianos durante siglos, ¿es más exacto decir que “se vació de todo menos del amor”? ¿Dejó de alguna manera de ser el Dios eterno durante Su vida, pero luego retomó ese rol? ¿O qué?

El Hijo de Dios se “vació” no por sustracción de Su deidad, sino por adición, al asumir nuestra frágil humanidad. No dejó de ser verdaderamente divino cuando se hizo verdaderamente humano. No vació de Su deidad nada intrínseco a esa deidad. Pero se entregó para salvarnos asumiendo nuestra naturaleza. Aquel que nunca dejó de ser “en forma de Dios” tomó “forma de siervo”, con la vida de profunda humillación que ello conlleva. Dio todo lo que Él era a nosotros y por nosotros cuando asumió nuestra naturaleza

humana. Y lo hizo para quitarnos el pecado. Se “despojó a Sí mismo”, no despojándose de los atributos eternos que poseía, sino tomando atributos temporales que no poseía.

Ni por un momento renunció el Hijo de Dios a Su señorío sobre “todas las cosas” (Jn 13:3). De hecho, la maravilla de la humildad y la gracia que Él muestra aquí depende del hecho de que es como deidad no disminuida que lava pies sucios. Si se hubiera despojado de Su deidad, el lavamiento de los pies habría sido un acto verdaderamente humilde. Pero habría sido simplemente el humilde servicio de un hombre a sus iguales o de un buen hombre a otros menos afortunados que él. Pero este es el humilde servicio de Dios al hombre, y no solo al hombre, sino al hombre pecador.

Esto apunta a un tercer elemento en el ministerio de Jesús.

Salvación

Volvamos por un momento a la protesta de Simón Pedro.

Aparentemente, todo lo que Pedro ve aquí son sus propios pies sucios y a Jesús mirándole a los ojos cuando está a punto de lavárselos. Así que instintivamente protesta.

Seguro que todos lo haríamos.

Pero Jesús dice: “Pedro, no estás entendiendo. Si no hago esto —si rechazas la señal de lo que he venido a hacer, estás rechazando la realidad a la que apunta: Mi muerte en la cruz para lavar tus pecados—, entonces no tendrás parte en la salvación que he venido a traer”.

Pedro pasa de un extremo al otro, de “nunca me lavarás los pies” a “¡lávame también las manos y la cabeza!”. Sigue sin ver claramente. El lavamiento de los pies es una imagen de lo que Jesús hace para nuestra limpieza y justificación. Puesto que Pedro ya ha sido “limpiado” —después de todo, había confiado en Cristo y confesado su fe en Él—, lo que necesita es que el poder limpiador de Cristo siga actuando en su vida. Como señalaron los teólogos de Westminster,

somos santificados mediante la misma unión con Cristo en la que somos regenerados.

Pedro está limpio, pero aún necesita ser limpiado. Pero Jesús añade: “No todos están limpios” (Jn 13:11). Al registrar estas palabras, Juan subraya el hecho de que hay un trasfondo oscuro en esta escena y otra dimensión en la obra salvadora de Cristo. Satanás está presente en las sombras: “El diablo había puesto en el corazón de Judas Iscariote... el que lo entregara” (Jn 13:2).

Satanás llevaba mucho tiempo actuando. Este es el telón de fondo de los cuatro Evangelios. El enemigo —que en primer lugar trató de impedir que Jesús fuera a la cruz usando el ataque de Herodes contra los niños de Belén— lo había perseguido desde Su bautismo en el río Jordán en adelante (Lc 4:1, 13). Y ahora ha penetrado en el mismo grupo de los discípulos. Luego, “entró” en el tesorero, Judas Iscariote (Jn 13:27).

Anteriormente ya había invadido el campamento de los discípulos más cercanos de Jesús, usando a Simón Pedro para tratar de desviarlo del camino al Calvario (Mt 16:21-23). Había fracasado. ¿Ese fracaso le llevó a cambiar de táctica? Por ahora, parece estar intentando desbaratar el plan divino de salvación forzando a Jesús a Su muerte según el calendario satánico y no el del Padre.

Pero Jesús es el Señor. Sigue siendo dueño de la situación y da cada paso según el plan de Su Padre.

Juan lo deja claro: Jesús despidió soberanamente a Judas de la habitación. “Entonces Jesús le dijo: ‘Lo que vas a hacer, hazlo pronto’” (Jn 13:27). Esta no será la última indicación que Juan nos dé afirmando que “todas las cosas” están en manos de nuestro Señor.

Hay aquí, pues, un agudo contraste entre los propósitos de Dios y la actividad de Satanás: Jesús sabía que Satanás había puesto en el corazón de Judas Iscariote la traición (v. 2), pero también sabía que el Padre había puesto todo en Sus manos (v. 3). Con ese telón de fondo, pues, se levantó de la cena y lavó los pies de Sus amados discípulos.

El gran relato que subyace a estos versículos puede rastrearse hasta su origen en Génesis 3:15. Desde la página que relata la caída en pecado, la Biblia es el registro de cómo la Simiente de la mujer y la simiente de la serpiente están en perpetuo conflicto hasta que amanece el día en que la serpiente misma aplastará el talón de la Simiente de la mujer, pero en el proceso recibirá un aplastante golpe mortal.

Lo que estamos presenciando aquí es el comienzo del momento culminante de esta promesa. Satanás ha venido a habitar en Judas Iscariote para aplastar a Jesús. Pero a diferencia de Satanás y Judas, Jesús obedece la voluntad del Padre.

Juan resalta el contraste de forma evidente. Escribe que Satanás había “puesto” en el corazón de Judas Iscariote la idea de traicionar a Jesús (Jn 13:2). En cambio, Jesús “echó agua en una vasija” (v. 5). En ambas afirmaciones se utiliza el mismo verbo (*ballō*, en griego). Aunque su calcañar será herido, nuestro Señor aplastará mortalmente a la serpiente “haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil 2:8).

Ahora se describe una cuarta etapa en la obra de Cristo.

Exaltación

Jesús se ha arrodillado ante cada uno de los doce y les ha lavado los pies: los de Simón Pedro, pero también los de Judas Iscariote. Se viste de nuevo y, “sentándose a la mesa otra vez, les dijo: ‘¿Saben lo que les he hecho?’” (Jn 13:12).

El verbo que Juan utiliza aquí, “tomó Su manto” (del griego *lambanō*), hace eco de su uso anterior en las palabras de Jesús sobre Su resurrección: “Yo doy Mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que Yo la doy de Mi propia voluntad. Tengo autoridad para darla, y tengo autoridad para tomarla de nuevo” (Jn 10:17-18).

Qué cuadro tan vívido está pintando Jesús para Sus discípulos. Será humillado y crucificado. Pero está entregando Su vida voluntariamente, y la tomará de nuevo soberanamente y regresará a Su

lugar de honor eterno. A veces, el cuadro de un gran artista refleja la obra de un maestro anterior del que ha aprendido. Del mismo modo, el cuadro de Juan refleja profecías del Antiguo Testamento, y ninguna más clara que la descripción que Isaías hace del Siervo Sufriente (Is 52:13 – 53:12).

En la escuela primaria pública escocesa a la que asistí, la educación religiosa era una asignatura obligatoria. Mirando ahora hacia atrás, sospecho que la profesora que tuve cuando tenía unos ocho años tomó el camino más fácil: nos hizo aprender de memoria las palabras de Isaías 53:1-12. Nadie me dijo entonces —y sospecho que mi profesora no lo sabía— que este pasaje comienza realmente en Isaías 52:13. Allí el Siervo que sufre tan cruelmente es presentado como alguien que será exaltado a causa de Su sufrimiento, y como resultado “asombrará a muchas naciones” (Is 52:15).

El cuadro profético pintado por Isaías es ahora simbólicamente dramatizado aquí por Jesús. Se levanta, se arrodilla, se lava, pero luego vuelve a Su lugar. Antes de que salgan de la habitación, Sus discípulos le oirán hablar con Su Padre sobre Su futura exaltación. A causa de Su humillación, culminada en Su muerte y sepultura, Dios lo exaltará y le dará el nombre que está sobre todo nombre. Un día, ante el nombre de Jesús, toda rodilla se doblará —en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra— y toda lengua confesará que Él es el Señor (Fil 2:9-11).

Aquí, pues, Jesús se arrodilla. Pero ahora se levanta, toma de nuevo Sus vestiduras y vuelve a ocupar Su lugar. Ahora la sala le escucha. Y así será cuando el Padre le exalte: toda autoridad será Suya y todas las naciones oirán hablar de Él, y toda la creación acabará inclinándose ante Él. Será coronado Señor de todo (Mt 28:18-20; 1Co 15:20-28).

Esto nos lleva a un quinto detalle pintado en este retrato de la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

Implicación

“¿Saben lo que les he hecho?”, pregunta Jesús (Jn 13:12). En otras palabras: “¿Ven el significado de esto para Mí y también para ustedes?”.

“Les lavé los pies”, dice. “Si comprenden lo que he hecho, se producirá una transformación en ustedes: comenzarán a hacer lo que no hacían antes de que nos sentáramos a comer; seguirán Mi ejemplo. Se arrodillarán ante sus discípulos y, con su humilde servicio, les dirán: ‘Soy tu servidor, por amor a Jesús’” (*cf.* 2Co 4:5).

Aquí se vislumbra la gloria de nuestro Salvador: quién es, qué ha hecho por nosotros, cómo ha sido exaltado y dónde está ahora.

Además, hay una aplicación desafiante.

Saber es una cosa, dice Jesús, pero hacer es otra.

¿El hecho de saber todo esto ha cambiado algo en mi vida? ¿Soy un servidor de los demás?

Solo son felices los que escuchan y practican (Jn 13:17).

Pero para pensar en eso habrá que esperar al próximo capítulo.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro *Lecciones del aposento
alto*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2024 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!